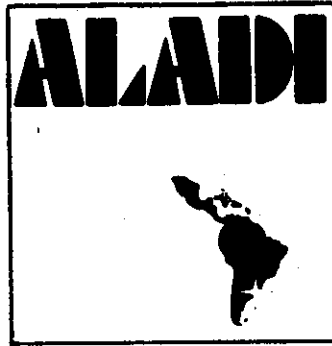


Comité de Representantes



Asociación Latinoamericana
de Integración
Associação Latino-Americana
de Integração

27

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCELEN
TISIMO SEÑOR PRESIDENTE DE LA NA
CIÓN, DOCTOR RAUL ALFONSIN EN EL XX
CONGRESO DE LA ASOCIACION DE INDUS
TRIALES DE AMERICA LATINA (AILA)
(Buenos Aires, 27-29 de agosto de 1984)

ALADI/CR/di 125
REPRESENTACION DE LA ARGENTINA
3 de setiembre de 1984

Montevideo, 30 de agosto de 1984.

No. 125/84.

La Representación de la República Argentina en el Comité de Representantes de la Asociación Latinoamericana de Integración presenta sus atentos saludos a la Secretaría General y tiene el agrado de referirse al XX Congreso de la Asociación de Industriales de América Latina (AILA), que se realiza en Buenos Aires, entre los días 27 y 29 del presente.

Al respecto, se adjunta a la presente el texto del discurso pronunciado por el señor Presidente de la Nación, doctor Raúl Alfonsín, en el mencionado foro.

Se solicita a la Secretaría General que el mencionado texto sea puesto en conocimiento de las restantes Representaciones acreditadas en ese Comité.

La Representación de la República Argentina en el Comité de Representantes de la Asociación Latinoamericana de Integración reitera a la Secretaría General las expresiones de su más distinguida consideración.

A la Secretaría General
de la Asociación Latinoamericana
de Integración
Presente

El siguiente es el texto completo del discurso pronunciado por el Presidente de la Nación, doctor Raúl Alfonsín, en la inauguración del XX Congreso de la AILA.

Sean ustedes bienvenidos a tierra argentina.

Nos honra que se haya elegido a la ciudad de Buenos Aires como sede de este XX Congreso de la Asociación de Industriales de América Latina y al inaugurar hoy vuestros trabajos quiero decirles que nada nos alegraría más que ver surgir, de estas deliberaciones en nuestra capital, hechos positivos para el progreso económico, la consolidación de la industria y la unidad continental.

El drama de nuestros pueblos no nos da tregua, porque pocas -si acaso alguna- de las Repúblicas latinoamericanas han conseguido poner en marcha los mecanismos de progreso material y social capaces de autosostenerse por largos períodos de tiempo. Los progresos, cuando los hay, son espasmódicos y detrás de un período de relativa bonanza suele esperarnos una recaída en la pobreza y en la angustia. El resultado de todo ello es que los mejores logros de los Gobiernos quedan siempre detrás de la necesidad de los pueblos, generando un estado de insatisfacción, germen habitual de la desesperanza.

No podemos complacernos de lo hecho hasta aquí y es menester que lo digamos a la opinión pública, porque en los casi cuarenta años transcurridos desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial, las naciones latinoamericanas no hemos podido avanzar lo deseado en la construcción de nuestro destino común.

Sin embargo, nuestros pueblos han mostrado en estas cuatro décadas una vitalidad creadora, una voluntad de trabajo y una capacidad de crecimiento demográfico de las que podemos enorgullecernos.

Un gran desarrollo industrial

Creatividad, trabajo y crecimiento demográfico son elementos que definen el marco necesario para un gran desarrollo industrial y estoy definitivamente persuadido de que la industria es el factor desencadenante del progreso capaz de dar satisfacción a las esperanzas de nuestros conciudadanos.

No hay sociedad moderna sin industria, como no existe ningún país adelantado de la tierra que, aun gozando de excepcionales recursos agrícolas o mineros, no haya volcado su esfuerzo a consolidar, al lado de las actividades tradicionales, un importante sector fabril.

La industria completa el ciclo de las producciones y necesidades del hombre, multiplica masivamente las posibilidades de trabajo y es el ámbito del progreso científico y tecnológico. La industria es la savia de las ciudades y todos sabemos que la urbanización ha sido el punto de partida del fantástico desarrollo científico y cultural que la humanidad conoce desde hace casi doscientos años. Renunciar a la industria es elegir una economía desequilibrada, condenar a la desocupación y a la mendicidad a millones de personas y dejar en la oscuridad a la ciencia y a la cultura.

Nosotros, latinoamericanos, sabemos bien lo que el atraso industrial representa para el equilibrio de las economías, para las llagas de injusticia social que padecemos y para la emigración de nuestros científicos y técnicos.

//

Pero también necesitamos la industria para asegurar definitivamente el progreso de la agricultura. La agricultura latinoamericana no podrá continuar compitiendo en los mercados internacionales si no da grandes pasos en su desarrollo tecnológico.

En los países más desarrollados la agricultura ha experimentado una profunda revolución en los últimos cuarenta años y este cambio tiende todavía a acelerarse en los días que corren.

La capitalización del sector rural y la introducción de procedimientos tecnológicos de punta, plantea a los pueblos latinoamericanos un desafío dramático en esta rama de la producción en la que, hasta hace poco, nos sentíamos seguros.

Tecnificación del campo

La tecnificación del campo exige equipos y tecnologías que nuestras economías tienen que generar en su propio seno, si no queremos perder en el endeudamiento y en la crisis del sector externo las libertades que tan celosamente conquistaron nuestros fundadores. Si la industria latinoamericana no puede darnos esos equipos y esa tecnología nuestros campos no tendrán con qué participar en la carrera tecnológica.

Estas y otras preocupaciones otorgan un sentido particular a la cuestión de la integración latinoamericana y a la decisión de mi Gobierno de impulsarla utilizando todos los mecanismos disponibles.

Debemos unir nuestros esfuerzos para lograr la instauración de un nuevo orden económico internacional más justo.

El reciente consenso de Cartagena es una nueva e imaginativa respuesta a la necesidad de afianzar la unidad latinoamericana. Pero esta acción hacia afuera debe complementarse -y prioritariamente- con la acción hacia adentro. Allí está la verdadera respuesta. El día que arbitremos las fórmulas para comerciar entre nosotros, la mayor parte de los cincuenta mil millones de dólares de productos industriales que compra la región, en lugar de los escasos ocho mil millones como ocurre ahora; el día que comercemos entre nosotros la mayor parte de los diez mil millones de dólares de alimentos que compra la región en lugar de los tres mil millones de la actualidad; el día, en fin, en que las empresas latinoamericanas participen en la mayor proporción posible en la construcción de grandes obras, en lugar del escaso cinco por ciento de participación actual habremos realmente terminado con la vulnerabilidad externa de la región.

Pero para ello señores, necesitamos fórmulas imaginativas y audaces en el campo del transporte y de las comunicaciones; en el campo del comercio y de la producción; en la complementación de zonas fronterizas, facilitando las inversiones en la creación de empresas binacionales; en fin, en el campo de los mecanismos de pago, para no citar sino algunas de las posibilidades más importantes. Para ello necesitamos, asimismo, ser más decididos en la negociación de las restricciones no arancelarias y en la profundización de la preferencia arancelaria regional.

En la ALADI se está avanzando muy rápidamente en la definición de estos temas, en la propuesta de los sistemas de intercambio compensado y de preferencias en materia de compras de Estado, pero un tema que considero capital es el referen

//

te a la modificación de los mecanismos de pago vigentes -sobre el cual también se trabaja intensamente- que permita encontrar solución a la carencia de divisas, que será, sin duda alguna, uno de los cuellos de botella más graves en los próximos años.

Es precisamente en esta materia en la que advierto con satisfacción que la Asociación de Industriales de América Latina se viene ocupando activamente, ideando fórmulas que permitan organizar un sistema de pagos que no se asiente, al menos exclusivamente, en la utilización de divisas, a través de recursos no financieros. Creo que una alternativa así puede reforzar la capacidad de negociación comercial con otras áreas geográficas. Por ello estimo que debe ser considerada en profundidad y llegar a constituir una de las grandes contribuciones de este Congreso.

Necesitamos una nueva industria

Necesitamos una nueva industria y aunque en algunos de nuestros países el tamaño del mercado interno y el grado relativo de desarrollo tecnológico nos den una posición intermedia, sería un menguado sueño el suponer que tales atributos satisfacen nuestras esperanzas. Los mayores mercados latinoamericanos son diminutos en la escala internacional. Nuestros mejores centros de investigación alcanzan apenas a mantenerse en el nivel de los conocimientos avanzados. Los frutos económicos de las industrias son insuficientes para asegurar el equilibrio de nuestras economías y la desorganización del sistema comercial determina que la industria latinoamericana sólo participe de un 17 por ciento del comercio industrial del continente.

Ningún egoísmo alcanzaría para justificar una actitud complaciente, porque los dirigentes del presente no podemos pensar en resolver los problemas si no somos capaces de pensar en fundar el porvenir.

Así vemos a la industria latinoamericana del futuro y así a una integración que no puede ser una labor de los Gobiernos o simple sinónimo de la tarea administrativa de los organismos que la tutelan. Si los pueblos no participan en la integración, si los agentes económicos y sociales del continente no realizan la integración, la obra de los Gobiernos será infértil y seguiremos esperando lo que no somos capaces de concretar.

Sólo cuando las fuerzas vitales de todas las naciones se hagan cargo del esfuerzo de integración podremos dejar atrás los años de frustraciones que hemos conocido.

Y entre los agentes económicos corresponde a los empresarios la responsabilidad mayor, porque en nuestra concepción de la libertad ellos son quienes combinan adecuadamente los factores de la producción para satisfacer las necesidades materiales de la sociedad. Una combinación de factores a escala continental y una consideración de las necesidades de los mercados en la misma dimensión son el modo en que las fuerzas vitales de las economías nacionales alcanzarán su estadio integrador.

A ustedes, señores empresarios, les corresponde realizar esta obra inmensa concretando la voluntad de los Gobiernos. Bien ha dicho el señor Presidente de este Congreso que una de las formas más eficaces para lograr la integración económica del continente radica en el impulso y la maduración de empresas privadas latinoamericanas.

//

Para apoyar y encuadrar vuestro trabajo los Gobiernos seguiremos impulsando las medidas que han demostrado su eficacia, como el acuerdo de pagos y créditos recíprocos y procurando establecer nuevos mecanismos como un acuerdo monetario al que la Argentina presta particular atención.

Participación de los distintos sectores

Pero en nuestra concepción de la integración como una tarea abierta y de amplia vocación democrática necesitamos que los agentes económicos no sólo realicen la labor integradora sino también que participen con sus opiniones y experiencias en el debate colectivo. Es por esta razón que mi Gobierno considera de principal importancia que los órganos administrativos del sistema latinoamericano cuenten con el asesoramiento directo de las organizaciones empresarias.

La consolidación de las instituciones democráticas da el marco histórico para una efectiva marcha hacia la integración continental, como nos lo señalan nuestros primeros pasos de 1960 y el ilustre precedente de las naciones europeas.

La integración ha de partir de un enérgico desarrollo industrial que, como he dicho, constituye la mayor esperanza de progreso económico para nuestros pueblos.

Y en tal desarrollo son ustedes, señores empresarios, quienes tendrán una responsabilidad realizadora y una concurrente labor de asesoramiento.

Señores: los invito a deliberar contando con nuestro caluroso respaldo, pensando en los millones de hombres latinoamericanos cuya miseria presente no tiene otro alivio que las esperanzas de futuro que podamos ofrecerles y recordando que hay cientos de miles de latinoamericanos que esperan de nuestra obra mejores condiciones para la aplicación de los conocimientos técnicos que han adquirido en nuestras universidades y en centros de estudios del exterior.

Al dejar inauguradas vuestras deliberaciones me permito comprometerlos a trabajar pensando que nuestro destino mayor es crear la civilización latinoamericana que todavía le debemos a la humanidad.